

Vivir en la calle: San Rafael no es ajeno al flagelo

28/04/2026



El reciente encuentro en los estudios de FM Vos entre funcionarios municipales, referentes de la Pastoral Social, voluntarios de la Noche de la Caridad y de la Cruz Roja, dejó un diagnóstico que no admite más dilaciones ni interpretaciones estadísticas sesgadas sobre el aumento de personas en situación de calle en todo el país y en Mendoza y San Rafael en particular. El hambre y la intemperie no son variables de ajuste, sino el rostro humano de una crisis que desborda cualquier planilla de cálculo.

Lo primero que debe quedar claro es que las cifras oficiales, esas que hablan de unos cientos en toda la provincia, son apenas un pálido reflejo de lo que ocurre realmente en nuestras veredas. La situación es mucho más compleja y dinámica. Existe una distinción fundamental entre quienes

efectivamente viven y duermen en la calle y aquellos que desarrollan una «estrategia de calle», permaneciendo durante el día en espacios públicos pero sin una red de contención real. Esta itinerancia, sumada al temor y al ocultamiento por razones de seguridad, hace que el fenómeno sea subestimado sistemáticamente por los niveles superiores del Estado.

Resulta preocupante, y es necesario remarcarlo, que el municipio se encuentre hoy sosteniendo esta problemática en absoluta soledad institucional. La denuncia sobre la deshabilitación de refugios por parte del Gobierno provincial y la baja de contratos nacionales en áreas críticas como el Sedronar –vital para abordar el desborde de salud mental y adicciones que suele acompañar a la situación de calle– configura un abandono de responsabilidades que recae sobre el tejido social local. Sin refugios permanentes y sin una estrategia coordinada entre los distintos niveles de gobierno, la asistencia se reduce a «parches» voluntarios que, aunque valiosos y heroicos, no alcanzan para revertir la causa estructural.

San Rafael se ha caracterizado siempre por su solidaridad, pero esa red también está sufriendo los embates de la recesión. Las organizaciones sociales reportan una caída estrepitosa en las donaciones, mientras que el número de personas que se acercan a pedir ayuda básica no para de crecer. No se trata simplemente de dar una vianda de comida o una frazada; se trata de recuperar la identidad y la dignidad de personas que han quedado fuera del sistema. Cuando el discurso oficial se centra únicamente en el equilibrio fiscal y desatiende el acompañamiento social y la salud mental, lo que se está perdiendo es la sensibilidad mínima necesaria para convivir en comunidad. La llegada de las bajas temperaturas no puede encontrarnos discutiendo metodologías de censo mientras hay ciudadanos durmiendo en los cajeros o en los baldíos. Invisibilizar el problema porque «afea la ciudad» o reducirlo a una elección personal es una forma de cinismo que no podemos

permitirnos. El termómetro de nuestra salud como sociedad se mide hoy en la capacidad que tengamos de dar respuesta a quienes ya no tienen nada que perder. Sin un Estado presente y una comunidad empática, el desamparo seguirá ganando las calles.